

Habla su biblioteca
Novedades de la Biblioteca
“Florentino Idoate”

KATHERINE MILLER

La república de lectores y la rentabilidad de las bibliotecas

Al entrar a una biblioteca, somos conscientes de que el tiempo empleado allí no es necesariamente intercambiable por una ganancia monetaria. Más bien, posiblemente, consideramos que el tiempo empleado en revisar capítulos y hacer apuntes es “tiempo perdido”, aunque necesario: es un tiempo prestado de lo que deberíamos de estar haciendo en el mundo real, el mundo afuera de los libros. Es tiempo de trabajo que no produce valor agregado en el ámbito de compra y venta y hasta tenemos que recuperar este tiempo perdido entre libros. Mejor Internet que el tedio de leer y analizar; mejor el plato servido sin la necesidad de pensar. De estas razones y otras surge el argumento de que la actividad de leer libros no es una empresa “rentable” y la percepción postmoderna

es que las bibliotecas, en gran medida, son obsoletas y desfasadas en la vida recia y multi-media de Internet y la televisión. Es como si fuera el caso que la devaluación del lenguaje, esta antigua moneda de intercambio, había sufrido también la usura a tal grado que podemos imprimir un texto ya listo de la pantalla —listo a fotocopiar— y no sentir la pérdida en términos de la distorsión.

La denominación “rentable” —este adjetivo torpe, cruel y comercial— implica que estamos ante algo que no produce remuneración, que es desechable por no poderse intercambiar por acciones en la bolsa de valores o que no demuestra valor traducible en la moneda real de este mundo. Ciertamente, lo que se gana con leer no es intercambiable por dinero, acciones o propiedades.

El proceso de invertirnos a nosotros mismos en estos momentos frente a un libro, sin embargo, puede producir una especie de valor agregado en la creación de estados de conciencia, resultado de trabajo invertido cuando no elegimos una postura pasiva ante las palabras en los libros que leemos. Si permitimos, por ejemplo, que los libros también nos lean en un proceso de introducir nuestros pensamientos plenamente en un mar de palabras que hemos escogido, el trabajo de intercambio puede ser la ocasión para la liberación del cargo enorme de lo que no hemos podido expresar. Esta es, sin duda, una especie de valor agregado producido e intercambiable en una hipotética “república de lectores” en que la devaluación, igual como la usura, es castigada.

En este modelo, imprimir un documento desde Internet así no más, sin análisis, y agregar una nueva portada en forma de plagio es una acción meramente pasiva y estéril que no agrega nada a la persona y tampoco representa el desarrollo humano sostenible.

El lector puede objetar que este es un análisis que valora la ética meramente puritana que exige el trabajo arduo e individualista como mérito y en que lo recibido pasivamente no tiene valor.

Pero seguramente el *ser* interno de un lector no sufre ninguna alteración con tocar el botón para imprimir y servir la alimentación-*cum*-información en un plato ya preparado desde la cocina de otros en el Internet.

A este argumento se puede añadir que el proceso descrito arriba no exige ni pensamiento, ni análisis ni diálogo resultando en argumentación *fidedigna*: es sencillamente sucumbir ante el dogmatismo y la erudición atomizada. La mente, la imaginación, el ser interno tan impresionable queda sin ser tocado. No hemos ejercido el intelecto ni la imaginación ni el poder de examinar o conversar. No producimos valor agregado a la persona y, por lo tanto, no es “rentable” en el sistema monetario del reino de los lectores propuesto como “república” en que no se debe devaluar la moneda ni extraer interés desmesurado. En este tipo de estado en que la rentabilidad consiste en el valor agregado a uno mismo por medio del examen y el diálogo con un libro o documento.

Una biblioteca sirve como la ocasión para la producción de este mismo valor agregado. Una biblioteca, se puede argumentar, es, necesariamente un santuario alejado del mundo. Con decir san-

tuario, no quiero decir monasterio porque, en una república de lectores es fatal aceptar ser guiado forzosamente por las preferencias impuestas por otros. Así nos perdemos a nosotros mismos cada vez. Las presiones del dogmatismo y autoritarismo de la televisión, de los periódicos en el estado en que los conocemos y del Internet requieren, como respuesta, el pensamiento analítico de una lectura dialéctica, diálogo y debate diplomático con la página y eventualmente con otros ciudadanos de la nueva república.

En una biblioteca, el proceso de elegir lo que se va a leer implica decidir por sí mismo si acepta o si rechaza una idea o argumento. Es en este espacio y en este proceso que agregamos valor a nosotros mismos por medio del trabajo de descifrar la arrogante “erudición” o dogmatismo que reclama la necesidad de aceptar sin pensar ni examinar.

Si somos pasivos y no permitimos que los libros nos lean al mismo tiempo que nosotros los leemos, en un proceso de diálogo y debate, quedamos con la carga de lo que no podemos expresar y nos conformamos, sencillamente, con tragar las cucharadas en una disciplina ciega que en ninguna parte es “rentable”. La liberación consiste en el esfuerzo de exa-

minación, un proceso que no se lleva a cabo ante el botón de imprimir la página de Internet.

Los lectores que tragan entero lo que se lee o que presenta como suyo lo que sencillamente han bajado de Internet están perdiendo momentos de *ser* que son intercambiables para lo que es una clase de crecimiento—una postura de guardar algo por sí mismo y no gastarlo todo en acciones mecánicas que no producen valor. El secreto de lo que es de uno, de lo que uno mismo ha creado, agregado a sí mismo es una especie de valor “rentable” en un nuevo sentido de la teoría del valor agregado por el trabajo.

Así que el lector no debe formar una amistad “no-examinada” con un libro ni con un documento de Internet; ni debe ser un juez severo y dogmático. En el santuario de nuestros pensamientos —externalizado en una biblioteca como santuario— es donde el lector común puede analizar para llamar las cosas por sus propios nombres. El proceso de descubrir los verdaderos nombres y rectificar los nombres falsos de las cosas requiere de un ejercicio que podemos llamar “la limpieza del palimpsesto” y no la aceptación sin pensar. Se propone otra especie de diálogo y debate que es moneda rentable en la república

de lectores donde ciudadanos de un estado de lectores comunes y corrientes tienen una relación con los libros que produce en ellos como personas un valor agregado y, por lo tanto, la rentabilidad de un nuevo tipo.

Un palimpsesto es un pergamino que contiene algo más debajo de su superficie. Técnicamente es un material que ha sido limpiado y usado por una nueva pintura o para otro texto aplicado encima pero que, con un proceso de limpieza del palimpsesto (ya sea un texto, ya sea la realidad nacional) se puede recuperar el texto, el significado original debajo de lo que ha sido escrito o pintado encima. Puede ser que este proceso de limpieza sea doloroso o que nos cause angustia o trabajo arduo: es el trabajo necesario de llamar a las cosas por sus propios nombres.

Llamar las cosas por sus verdaderos nombres es limpiar los "palimpsestos" de la corrupción de la manipulación. Es una experiencia de liberación. Un solo ejemplo es suficiente: examinamos las implicaciones de la consigna "un favor se paga con un favor". ¿Cuáles son las implicaciones en la práctica en términos de la ética? Si aceptamos un favor sin pensar lo que vamos a deber, somos pasivos en la misma ma-

nera de solamente imprimir un documento de Internet sin haber leído para analizarlo o haber creado los argumentos nosotros mismos. En esta clase de proceso, somos pasivos y víctimas de dogmatismos, integristas y autoritarismos— no nos estamos creando a nosotros mismos. No se produce valor agregado a la persona.

Consideramos, por un momento, una alternativa: el proceso creativo de William Shakespeare en la creación de uno de sus tragedias y comedias. Si estudiamos las tradiciones, filosofías e ideas del ambiente del siglo XVI descubrimos que Shakespeare ha prestado de otros dramaturgos, filósofos, teólogos, estadistas y poetas. Ha utilizado ideas comunes y corrientes durante siglos. Es así como había llevado al teatro unos viejos santos de madera desde la catedral con sus ojos de vidrio y su pelo de tacuazín. Pero, de repente, agrega algo: los presenta de nuevo, y esta vez en vestuario diáfano y resplandeciente. ¿Con qué? Con su lenguaje y pensamiento. Ahora no son los mismos santos de madera. Son algo nuevo y diferente que cobran vida: nos convencen y nos penetran con un espíritu que nos anima a crearnos de nuevo a nosotros mismos.

¿Se puede imaginar a Shakespeare bajando un texto plagiado de Internet y presentándolo como suyo? Ha trabajado, ha agregado un valor adicional: su pensamiento y creatividad. Ahora son ética y estéticamente “rentables”, porque nos llevan a aventuras en bosques metafóricos donde tenemos que descubrir cuál es la realidad y cuál es la ilusión, cuál es el mal y cuál el bien; qué es una buena sociedad y cuál es el buen uso de los bienes de este mundo. En este valor agregado que nos induce al diálogo, se puede ubicar la “rentabilidad”, que es la creación de algo nuevo en nosotros mismos que se puede considerar el verdadero valor agregado al ser humano.

Si no existe todavía, entonces, hay que crear una verdadera República de Lectores en la que se crea lo nuevo en términos huma-

nos. “Lo nuevo” a que se refiere es un valor agregado no a las cosas para venderlos, sino a la persona. Aunque no es “rentable” en la compra y venta de la bolsa de valores, la remuneración es inimaginable en la creación de personas auténticas que se han creado a sí mismas.

Este valor agregado de un nuevo tipo serviría como moneda en una República de Lectores, que existe, por supuesto, dentro y fuera de las bibliotecas. Los actos de diálogo consigo mismo en el proceso de leer en diálogo con el libro, este proceso de creación, puede llevarse a cabo en los santuarios que son bibliotecas. Las Bibliotecas presentan, por lo tanto, la ocasión para la producción de una nueva clase de valor agregado que, al fin de tanto, seguramente es “rentable”.